

Destino del Pecado

V Parte



Misión Palabra de Vida

San José, Costa Rica

1. ¿Por qué soy pecador?

Dios quiere que todos los hombres sean salvos (1 Timoteo 2:4). ¿Qué quiere decir ser salvo o recibir la salvación? Digamos que una persona andaba por un camino y de repente se cayó en un pantano. El pantano era tan profundo que la persona no podía salir de allí por sí mismo, pero si un grupo de rescate llega y lo rescata; entonces podemos decir que esta persona fue salva del pantano. Si el que cayó logró salirse del pantano por sí mismo, no diríamos que fue salvo. Por lo tanto, decimos que alguien recibe la salvación cuando recibe el socorro de un tercero.

La salvación de la cual habla la Biblia se refiere a la salvación del infierno. La razón por la que uno debe recibir la salvación es porque, sin duda alguna, el infierno es una realidad, y no hay nada que la persona pueda hacer por sí mismo para escaparse. Cuando uno es rescatado recibiendo la ayuda de Dios, entonces, se dice que la persona ha recibido la salvación. Nadie, jamás, puede recibir la salvación por su propio esfuerzo.

Uno está yendo al infierno porque es pecador. Para recibir la salvación, lo más básico que alguien debe hacer es comprender que su persona es un pecador. Debe comprender que como es pecador, no tiene otra opción que ir al infierno y que es inútil por completo para salvarse a sí mismo de lo que le espera.

Seguidamente, es importante que, como primer paso, sepamos qué es ser un pecador y cuál es el destino de un pecador.

EN MALDAD HE SIDO FORMADO

“Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.” (San Mateo 7:16-20)

Jesús dijo algo muy obvio: los árboles buenos llevan buenos frutos y que los árboles malos llevan malos frutos. Un árbol de uva lleva uvas porque ese árbol es de uva. Análogamente, el árbol de espinos lleva espinos porque es un árbol de espinos. En nuestro contexto, el pecador se asocia con un árbol, y los pecados con los frutos. ¿Por qué será que los seres humanos pecan? Porque son pecadores.

Digamos que hay cuatro árboles de espinas con las siguientes características: con muchas espinas, con pocas espinas, nada de espinas y uno que tiene buenos frutos guindados encima. De estos cuatro, ¿cuál de estos es un árbol de espinas? Por supuesto que los cuatro. Son árboles de espinas independientemente de si llevan muchos, pocos o nada de espinas. Y sigue siendo un árbol de espinas, aunque tenga otros frutos guindados. De igual forma, cuando nos referimos a un pecador, no estamos hablando de la cantidad de pecados que comete la persona. Aunque el pecado de uno no se manifieste por fuera, Dios lo identifica como pecador porque Él observa la esencia, el fondo de la persona. Por eso es que aun aquellos que esforzadamente se decoran con buenas obras, delante de Dios, no son más que pecadores.

El árbol de uva tiene su origen en una semilla de uva, tal como el árbol de espinas tiene su origen en la semilla de espina. Igualmente, el pecador comienza de la semilla del pecado. Y esta semilla proviene de Adán, el primer hombre.

Adán y Eva fueron creados como árboles buenos, sin embargo, al cometer delito contra Dios, su simiente pasó a ser corrupta. Luego, todos sus descendientes llegaron a nacer con la semilla del pecado. En conclusión, los pecadores son todos los descendientes de Adán.

Según la parábola de San Mateo capítulo 7, el hombre no es una vid sino un cardo, pues Dios cataloga al ser humano como una semilla corrupta.

“He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmos 51:5). Desde el nacimiento, el ser humano tiene innato el pecado en su instinto, por eso todos nacemos con una naturaleza pecaminosa. El gato tiene un carácter agresivo y el tigre nace fiero desde el principio. Aunque por fuera se vea sereno y manso, si se le incita, pronto mostrará su instinto fiero que yace en su interior.

Si el sello de una máquina estampadora de galletas está torcido, todas las galletas que salgan de esa máquina saldrán con una forma torcida. Podemos decir que por el pecado del primer hombre Adán, todos nacimos heredando el apellido pecador. Desde nuestro nacimiento heredamos el instinto pecaminoso, el pecado se encuentra profundamente arraigado en cada persona, y ese instinto, más tarde, se manifiesta de diversas formas repugnantes.

Así como, todos los peces nacen con la técnica para nadar, todos los hombres nacen con la técnica para pecar. Los padres que han criado a dos hijos podrían comprenderlo con más facilidad. Si los padres le dan mucho cariño al niño menor; entonces, el hermano, con tres años mayor,

siente celos y molesta a su hermanito mientras los padres están ausentes. Aún los niños que parecen ser unos angelitos tienen ese instinto pecador. Conforme van viviendo, las personas se van dando cuenta que son una raza mala.

El ser humano nace con la naturaleza pecadora y vive cometiendo todo tipo de pecado. Cuando la Biblia habla sobre el pecado no se refiere sólo a las acciones corrompidas sino a la esencia pecadora en sí. Los humanos son por naturaleza hijos de ira (Efesios 2:3), y, por ende, nacen con el instinto pecador.

MIS MALDADES HAN AUMENTADO MÁS QUE LOS CABELLOS DE MI CABEZA

“He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua.” (Isaías 59:1-3)

Entre Dios y el hombre está interpuesto el pecado. ¿Con qué peca el ser humano? Dios dice que nuestras manos están contaminadas de sangre, y nuestros dedos de iniquidad. El ser humano comete todo tipo de pecado con sus manos, con sus labios habla mentiras y maldades.

“Incuban huevos de áspides, y tejen telas de arañas; el que comiere de sus huevos, morirá; y si los apretaren, saldrán víboras.” (Isaías 59:5). En

el corazón del hombre incuba un tipo de huevo de víbora que al recibir algún estímulo del ambiente se llega a quebrar, y esa víbora sale por la boca del hombre. El corazón humano es un nido lleno de putrefacción y sus labios son el medio por el cual la espeluznante víbora que yacía en el nido sale.

“Sus pies corren al mal, se apresuran para derramar la sangre inocente; sus pensamientos, pensamientos de iniquidad; destrucción y quebrantamiento hay en sus caminos.” (Isaías 59:7). La Biblia afirma que los pies del ser humano son rápidos para derramar la sangre inocente y que su cabeza está repleto de pecado. Como el hombre es corrupto, él tuerce su camino intencionalmente y se niega a vivir una vida recta (Isaías 59:8). El corazón del hombre está absolutamente degenerado.

“Porque nuestras rebeliones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados han atestiguado contra nosotros; porque con nosotros están nuestras iniquidades, y conocemos nuestros pecados.” (Isaías 59:12)

La Biblia declara que la maldad de uno es mucho mayor en cantidad que los cabellos de una cabeza (Salmos 40:12). Así como el cabello siempre está creciendo, el pecado también va colmando la vida de uno sin cesar. El ser humano es un pecador que peca sin descansar con su cabeza, ojos, lengua, manos y pies; pero el problema más grande de todos es su corazón.

EL CORAZÓN ES PERVERSO

“Como escoria de plata echada sobre el tiesto son los labios lisonjeros y el corazón malo. El que odia disimula con sus labios; mas en su interior maquina engaño.” (Proverbios 26:23-24)

Es posible que una persona hable bonito y agradable mientras tiene guardado maldad en su corazón; porque el humano es un ser que aparenta una cosa diferente a su interior. A veces pasa que una persona les dice a sus padres avanzados en edad, “vivan muchos años más”, pero en su corazón piensa “ojalá se mueran este año”. También sucede que dos personas que se tienen rencor se saludan, “¡próspero año nuevo, bendiciones!”, pero piensan secretamente “¡fracasado año nuevo, maldiciones!”. En cualquier momento, el dentro y fuera de una persona pueden ser completamente diferentes. Con los labios dice toda especie de palabras floridas guardando engaño en su corazón.

“Cuando hablare amigablemente, no le creas; porque siete abominaciones hay en su corazón.” (Proverbios 26:25). Esta palabra dice que como todo corazón guarda siete abominaciones, no debemos confiar facilmente en una persona. El corazón del hombre es más negro que cualquier otra cosa. Estas siete abominaciones son el corazón del pavo real, de la cabra, del cerdo, de la tortuga, del tigre, de la víbora y del sapo. Nosotros debemos revisarnos si en nosotros también están presentes estas siete abominaciones.

Primeramente, en el hombre se encuentra un carácter orgulloso y vanaglorioso como la de un “pavo real”. Algunas personas se vanaglorian diciendo “yo nunca me vanaglorio”. Cuando aprueban algún exámen esperan ansiosos que otros le pregunten por el resultado de la prueba, y

cuando son ascendidos de su puesto quieren que otros lo reconozcan. Todos tienen un corazón vanaglorioso.

El ser humano es orgulloso. La humildad se da cuando una persona exalta a otro encima de sí mismo, pero el orgullo o la soberbia, desdeña y subestima mirando al otro por encima de su hombro. El orgullo tiene tipos, como el orgullo social, moral, intelectual y espiritual.

Cuando una persona menosprecia a alguien por motivos de edad o estatus, se puede decir que está cometiendo el pecado llamado orgullo social. Indiscutiblemente, es pecado cuando alguien trata mal a otro solo porque es menor. Y se da con mucha facilidad este caso conforme aumentan sus años por la ambición del estatus social. “El que escarnece al pobre, afrenta a su Hacedor.” (Proverbios 17:5)

Además, en el hombre existe el pecado llamado orgullo moral porque, aunque hay personas que viven más honradamente que uno, hay personas que parecen ser más malos que uno. Cuando uno habla fácilmente con desprecio sobre el prójimo que considera ser peor éticamente que su persona; está cometiendo el orgullo moral. Algunos le dicen a otros “¿Cómo eres capáz de hacer eso? ¡No eres humano, animal!”, el que acaba de decir esto comete el orgulloso en el sentido moral. Todas las personas son generosas consigo mismas pero estrictos con los demás. Cuando uno mismo es el que peca se excusa diciendo “fue inevitable”, pero cuando es otra la persona que comete el mismo error, escupe críticas muy severas.

El que se mide a sí mismo por sí mismo y se compara consigo mismo nada más, es una persona insensata (2 Corintios 10:12). Aunque una persona se puede dar la ilusión de que es muy bueno comparado a otros, pero al reflejarse en la Biblia no es nadie más que un sucio pecador.

El orgullo intelectual es una actitud de desdén hacia otro que ha estudiado menos, por ejemplo. Algunas personas se acaban de dar cuenta de algo, y después de unos segundos, regañan al otro: “¿tú ni sabes esto, verdad?, ignorante.” En el ser humano existe el orgullo intelectual que pretende saber lo que no sabe. Para recibir la salvación, nosotros necesitamos dejar a un lado este orgullo. Aún los astrónomos en comparación con Dios son unos ignorantes a cerca de su especialidad, ¿no es así? El estudio académico puede ser que nos ayude a vivir en este mundo, pero no es de ningún aporte para salvar el espíritu. Sin embargo, como Dios desea que todo el mundo reciba la salvación, ha determinado que la respuesta de la salvación sea fácil; es algo tan sencillo que aun un niño o una abuelita que no saben leer lo puede recibir. Empero, una persona que está sumergida en su orgullo intelectual no puede recibir esta salvación. El que se considere a sí mismo un sabio, lo primero que debe hacer es dejar a un lado ese orgullo.

Lo más terrible es el orgullo espiritual. Si una persona cree que puede entrar al reino de los cielos aun sin haber recibido la salvación en ningún momento, no está en condiciones para recibir la salvación. El que no recibió la salvación debe reconocer que no es una persona salva. Jamás puede recibir la salvación pretendiendo haberla recibido, sin, nunca, haberla recibido. Si ante la pregunta “¿se ha casado, usted?”, la persona responde “creo haberme casado”; definitivamente, es alguien sospechoso. Igualmente, el que duda si su persona ha recibido la salvación, es un sospechoso. La salvación es una experiencia evidente, indudable.

En el corazón del hombre se encuentra la personalidad de una “cabra”, la testarudez. La razón por la que, algunos son incapaces de recibir la salvación, no es porque tengan mucho pecado. El amor de Dios es mucho

más grande que cualquier pecado y, por ello, por más pecado que tenga una persona, puede recibir la salvación. Sin embargo, la persona que se ponga testaruda delante de Dios no puede ser salvo.

“Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Romanos 2:5)

Algunas personas son muy benévolas, pero, extrañamente, sólo cuando se trata de Dios se ponen tercos y rotundamente rechazan creer. Hay que tener en mente que mientras más duros nos pongamos, nos ahorramos más ira de Dios. Es necesario desechar nuestra obstinación delante de la palabra de Dios.

La cabra, simultáneamente, representa la lascivia que existe en el corazón de los humanos. Los ojos de la cabra tienen una apariencia perversa y taimada. El ser humano guarda la inmoralidad sexual en su corazón. El pecado que se comete innumerables veces y en lo más secreto es la lascivia.

Además, en el corazón del hombre se encuentra el genio de un “cerdo”. La Biblia dice: “Entonces la concupiscencia¹, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte.” (Santiago 1:15). Todos tenemos una o dos concupiscencias que se repiten frecuentemente en nosotros, puede ser ropa o carro, y por estos dos se llega a cometer un gran pecado.

En el hombre se encuentra la idiosincrasia del “tigre” también. Es cruel y salvaje. Jamás debemos maltratar a alguien porque se vea débil o

Concupiscencia: Deseo ansioso de bienes materiales.

indefenso. La criatura que puede sonreír delante suyo, pero matarlo por detrás, se identifica como el ser humano. Dado a que todas las personas tienen la aptitud para asesinar, debemos cuidarnos de actuar abusivamente contra alguien, aún cuando se trate de una esposa que se vea frágil. Una mujer que ve a su marido dormir después de golpearla, ¿qué le pasaría por la mente? Incluso la persona más tranquila tiene toda la aptitud para cometer un homicidio.

El humano es engañoso y astuto como la “víbora”. Con este corazón engañoso habla incesantes mentiras. Las personas mienten como si tomaran agua. Cuando están en desventaja mienten y si esa mentira sale a la luz, se excusan; y sólo confiesan cuando están entre la espada y la pared.

Cuando alguien un poco ignorante miente, sus mentiras son incoherentes; pero las mentiras de los inteligentes son muy coherentes. Un estudio dice que, en promedio, las personas mienten unas 200 veces al día, que sería cerca de una mentira cada 8 minutos. La mentira más frecuente de un empleado a su esposa es “voy a llegar tarde por el trabajo”, y la mentira más común es “estoy tarde por el tráfico”. El ser humano tiene una naturaleza muy mentirosa.

El humano es murmurador y calumniador como un “sapo”. Con unas cuantas bebidas alcohólicas puede pasar toda la noche hablando torpezas.

La “tortuga” representa un carácter oportunista. ¡Cuán hábiles somos nosotros para excusar y justificar nuestros malhechos! El hombre saca la cabeza cuando le conviene, y cuando no, la mete. El ser humano tiene una conducta muy diferente cuando está a solas y cuando está delante de otros.

Vivir revelando este feo corazón no es conveniente para nadie, por eso las personas reciben educación primaria y secundaria, luego viven la vida ocultando ese engañoso corazón con la reputación social, prestigio, moral y religión. Se le llama virtuosa a la persona que sepa abstenerse y controlarse del corazón corrompido. Es virtuoso aquel que refrena la lascivia y la violencia que surge en su corazón. Una persona piensa que el o la virtuoso(a) es limpio(a) porque sólo ve la apariencia, pero el Dios que ve el interior de la persona dice que no existe una gran diferencia entre una prostituta y una monja, las dos son pecadoras.

En la Biblia está escrito que “todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los espíritus.” (Proverbios 16:2). Como Dios ve el corazón, Él afirma que no existe ningún limpio entre los hombres y que lo más sucio del mundo es el corazón del ser humano.

“Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.” (Jeremías 17:9-10)

Lo más engañoso y perverso, más que todas las cosas, es el corazón de cada uno de nosotros. Cuando esté acorralado en una situación se manifiesta lo que está dentro de mí. Dado a la inviabilidad de domar este perverso corazón, la persona tiene los ojos llenos de adulterio y no se sacia de pecar (2 Pedro 2:14); porque es imposible controlar el corazón perverso, comete todo tipo de pecado con sus manos y sus pies, le roba a los padres que también es una gran maldad (Proverbios 28:24). Y porque es imposible dominar este corazón perverso, el pecado se derrama por la boca.

El libro Santiago describe con detalle el castigo que le corresponde al pecado cometido con la lengua. Dice: “Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno.” (Santiago 3:6). Así como una chispa de fuego puede llegar a quemar toda una gran montaña, la pequeña lengua ensucia toda la vida de uno; y por la culpa de la lengua, el fuego que me espera arde cada vez más. La lengua peca sin cesar. La lengua es “*un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal*”. ¿A cuántas personas ha matado usted con su lengua? Jesús advirtió que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio (San Mateo 12:36). Dios conoce todas las cosas por eso Él nos retribuirá según nuestras acciones.

2. Sabed que seréis juzgados

El hombre nace pecador y mientras vive comete todo tipo de pecado con su mente, con sus palabras y con sus acciones. En otras palabras, la vida es una serie consecutiva de pecado. La edad y el peso del pecado tienen una correlación positiva, mientras más años tenga la persona, su bulto de pecado se vuelve más pesado; y un día, derrepente, se encuentra con la muerte.

Y DESPUÉS DE ESTO EL JUICIO

“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” (Hebreos 9:27)

Después de la muerte, sin falta, nos espera el juicio. “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Hebreos 10:31) ¿Alguna vez se ha imaginado lo que sería encontrarse con Dios estando en enemistad con Él?

“Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.” (Eclesiastés 11:9)

La Biblia advierte especialmente a los jóvenes porque en la juventud, cuando se tiene mucha vitalidad y fuerzas, se tiende a pecar mucho. Pecar es una libertad individual, pero debe estar consciente que de todo ello dará cuenta en el día del juicio. “*Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.*” (Eclesiastés 12:14). De los pecados que sólo yo sé que los cometí, de

aquellos pecados realizados a sombra de tejados, de todos los pecados encubiertos Dios juzgará sacándolo a la luz. No habrá ni un solo pecado que se llegue a pasar por alto.

“Estas cosas hiciste, y yo he callado; pensabas que de cierto sería yo como tú; pero te reprenderé, y las pondré delante de tus ojos.” (Salmos 50:21). Todas las personas se encontrarán con el día en el que tendrán que confesar todas sus obras delante de Dios. Él enumerará en orden todos los pecados que uno ha cometido desde el nacimiento hasta la muerte, todos los pecados llevados a cabo con la imaginación, con el corazón, con el pensamiento y las acciones. “Sabed que vuestro pecado os alcanzará.” (Números 32:23).

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.” (San Mateo 5:21)

Los que se enojan y dicen insultos van al infierno y está de más decir que los homicidas también van al mismo lugar.

“De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante” (San Mateo 5:26). Un cuadrante² en griego es *Kodrantes*, en inglés es *Penny*, y en nuestro idioma español podemos decir que es un céntimo o un penique. El versículo anterior es una advertencia, que con

2 Un cuadrante era la moneda romana más pequeña.

el más mínimo pecado nadie se podrá escapar del fuego. El o la que esté leyendo esta palabra no debe tomar este consejo a la ligera.

¿QUÉ TIPO DE LUGAR ES EL INFIERNO?

“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.” (Apocalipsis 20:12-15)

En el tribunal de Dios se encuentran abiertos unos libros. Primero, está abierta la Biblia; luego, el libro donde está registrado todos nuestros pecados; y, por último, el libro donde están inscritos los nombres de aquellos que recibieron la salvación, el libro de la vida. El juicio se ejecutará según las obras de cada uno, de manera justa.

Después del juicio, Dios juntará nuevamente el alma y el cuerpo de la persona, y lo lanzará al fuego del infierno. La primera muerte se da en la separación del espíritu y el alma, pero en la segunda muerte la reunión de estos dos es lanzado al fuego del infierno. Según sus obras serán juzgados y recibirán su correspondiente castigo, por eso irán al lago de fuego. “Fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. (...) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago del fuego.” (Apocalipsis 20:12, 15)

Jesús es el que más ha hablado a cerca del infierno. Y en el infierno, del cual Jesús habla, no se presencia ni la mínima alegría; sólo perdura el dolor y la tristeza eterna, donde el fuego nunca se apaga (San Marcos 9:48) y se da el lloro y el crujir de dientes (San Mateo 22:13). La expresión “*allí será el lloro y el crujir de dientes*” representa una tristeza sin fin y un dolor extremo. Estarán llenos de arrepentimiento, remordimiento y amargura por haber dejado pasar la oportunidad de la salvación.

En el infierno, el fuego y el azufre nunca se apagarán porque todos serán salados con fuego (San Marcos 9:48-49), no habrá ni una gota de agua (San Lucas 16:24), ni reposo de día ni de noche (Apocalipsis 14:11).

Además, tendrán que vivir con la eterna conciencia dolorosa (San Lucas 16:24), separados para siempre de sus seres queridos (San Lucas 13:28). Una vez entrado en el infierno, ya no hay salida (San Mateo 25:46). La aflicción de este lugar nunca se reducirá ni se apaciguará por la eternidad.

Jesús no describe el infierno con tanta precisión para transmitir información, sino que desea que usted pueda encontrar el camino para evitar este infierno ahora que tiene la oportunidad; porque solamente la persona que ha recibido el perdón de sus pecados y ha nacido de nuevo puede escapar del juicio y la maldición.

LA LISTA DE LOS QUE VAN AL INFIERNO

“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos

tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” (Apocalipsis 21:8)

La Biblia enumera en lista a los que entrarán en el infierno. Los “cobardes” son aquellos que creen en la existencia de Dios, pero se sienten intranquilos cuando dejan de congregar la iglesia, tienen incertidumbre sobre su salvación, por lo que sienten miedo. El perfecto amor de Dios desecha todo tipo de temor sobre el castigo, sin embargo, aquellos que no han experimentado perfectamente este amor, están en temor como los cobardes (1 Juan 4:18). Cuando una persona nace de nuevo es libre de todo temor con respecto al pecado, muerte y el juicio; mientras que los que no han nacido de nuevo siempre tienen temor, y esto mismo es la evidencia de que está yendo al infierno.

Los “incrédulos” son los que han tenido una clara oportunidad para creer, pero deciden no creer para vivir como se les antojen. Se niegan a creer para vivir según sus maneras y caprichos.

Los “abominables” se refieren a los que se posicionan del lado del diablo, se openen a la verdad y persiguen a los creyentes.

Los “homicidas” van al infierno. El aborto es indiscutiblemente un homicidio, y la persona que haya incitado el aborto está siendo un cómplice. Aunque no haya matado a nadie, si ha odiado a alguien desde su corazón, Jesús dice que ya ha cometido un homicidio (San Mateo 5:21-22). El Dios que escudriña los corazones, agrupa a los homicidas y aborrecedores de su prójimo en un mismo saco. Un pecado más grave que el homicidio es no honrar a los padres. Los niños y niñas comienzan a despreciar y desafiar a sus padres al crecer. En el día del juicio se darán cuenta de que la ingratitud con sus padres fue un pecado más grave que el mismo homicidio.

Los “fornicarios” que cometan inmoralidades sexuales tampoco podrán escaparse del infierno. Dios considera especialmente grave el pecado proveniente de la lascivia. La inmoralidad sexual es un pecado que contamina y destruye su propia persona. La ciudad corrompida por el pecado sexual, Pompeii, fracasa en el año 79 D.C. cubierto de las cenizas volcánicas del monte Versuvius. Esta ciudad había alcanzado el colmo de la inmoralidad sexual igual que las ciudades de Sodoma y Gomorra (Judas 1:7). Ahora, ¿cómo estamos nosotros? El estado de nuestro mundo actual no está mejor que Pompeii, Sodoma ni Gomorra.

Los “hechiceros” son los que cuentan la suerte y adivinan el destino de las personas observando su fisionomía, también se refieren a los que creen y se apoyan en estas cosas.

Los “idólotras” no son sólo los que reverencian a los ídolos, porque los que aprecian otras cosas más que a Dios también son idólatras. La Biblia dice que la avaricia es idolatría (Colosenses 3:5).

Y, claramente, “todos los mentirosos”, por supuesto, serán consumidos en el fuego del infierno.

Entonces, sin duda alguna, usted está yendo al infierno, ¿no es así? Ahora usted debe pensar profundamente a cerca de su destino. Usted debe reconocer la realidad: usted está destinado a ir al infierno.

3. El malentendido de los fariseos

“A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enlatecido.” (San Lucas 18:9-14)

En la época de Jesús, los fariseos eran los mejores creyentes. Eran muy esmerados moralmente, eran tan esforzados en este aspecto que ayunaban dos veces a la semana durante toda la vida. Los fariseos son los representantes de aquellos que guardan la ley minuciosamente.

Mientras tanto, los publicanos eran aquellos que recolectaban los impuestos de los israelítas para presentarlo al gobierno de Roma; pero al hacer esto, ellos substraían una parte de ese dinero para sí mismos. Era tal el nivel de la mala fama de estos que, convencionalmente, todos pensaban en los publicanos cuando se trataba de los más astutos y fraudulentos.

Estas dos personas tan opuestas fueron a orar. Si usted fuera Dios, ¿la oración de quién escucharía? Probablemente, nadie diría que la oración del publicano. El que posea sentido común diría que el fariseo,

obviamente, entró en el reino de los cielos. Pero ¿quién habrá entrado al cielo en realidad?

“Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (San Lucas 18:14). La Biblia dice que el publicano recibió la salvación y entró al reino de los cielos.

Una persona tan recta como el fariseo no pudo entrar al cielo y, por el otro lado, tenemos a una persona que a pesar de todos los pecados que cometió, entró al cielo. ¿Se habrá equivocado Dios? Por supuesto que no. Por medio de esta palabra, nosotros podemos descubrir algo muy importante.

El fariseo tenía un criterio equivocado sobre el pecado. Igualmente, en la actualidad muchas personas tienen una norma errónea a cerca del pecado, y por eso no pueden recibir la salvación.

LA NORMA DEL PECADO PARA DIOS

“Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.” (San Marcos 7:21-23)

El fariseo se acataba más al prospecto correcto según la ley, no tenía defecto externamente. En el pasado los fariseos creían que solamente

los pecados manifestados por las acciones eran pecado, y, por ende, creían que ellos eran personas bastante buenas.

No obstante, Dios es un ser que además de ver la apariencia, ve el interior de las personas. ¿En el corazón de los fariseos no habrá habido ningún mal pensamiento? ¿Los fariseos jamás habrán tenido pensamientos de robar o matar a alguien? Claro que sí pensaron todo esto. Los fariseos también tenían todos estos pensamientos abominables (San Mateo 23:2526). Sin embargo, al ellos tener un concepto equivocado sobre el pecado, terminaron orando de forma arrogante.

Dios mira el interior del hombre. Es probable que aquellos que aparentan controlar perfectamente sus impulsos pecaminosos y son percibidos como buenas personas, hayan cometido mayores pecados dentro de su corazón. Es probable que los individuos felicitados y halagados como personas de buen carácter, hayan incurrido a pecados de mayor gravedad con sus imaginaciones y pensamientos. Puede ser que, aunque una mujer parezca ser una buena nuera, por dentro haya odiado profundamente a sus suegros.

La Biblia dice: “Tampoco apliques tu corazón a todas las cosas que se hablan, para que no oigas a tu siervo cuando dice mal de ti; porque tu corazón sabe que tú también dijiste mal de otros muchas veces.” (Eclesiastés 7:21-22). En otras palabras, esto dice “si tú también maldices a otras personas por tus adentros, ¿tú crees que otros no harán lo mismo contigo? No tengas falsas ilusiones”. Es posible que una esposa le desee la muerte a su marido. Nadie sabe que tal vez la persona más cercana a usted esté deseando su mal.

¡Cuán estremecedor y terrorífico es el corazón del ser humano! Con un corazón así, ¿quién se atreve a decir que es limpio delante de Dios? ¿Cómo puede orar diciendo que su persona merece entrar al cielo? El fariseo estaba orando completamente mal. Dios ve el corazón del hombre, pero el que tiene una percepción errónea de lo que es el pecado piensa que su persona no entrará al infierno.

Evidentemente, el fariseo habrá hecho cosas prohibidas por Dios con sus acciones, además, hay que recordar que no hacer aquello que sabe que es bueno también es considerado pecado ante Dios (Santiago 4:17). Lo cual implica que, aunque haga el bien, sus buenas obras ya están manchadas con pecado.

“Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.” (Isaías 64:7)

Dios dice que nuestras justicias son como “trapo de inmundicia”. Aunque ante la vista de algún humano, fulanito haya hecho bien, ante el criterio de Dios hasta esa obra buena está manchada con objetivos deshonestos. Por más que las obras sean humanitarias, filantrópicas o religiosas, nunca serán lo suficientemente buenas para ser aceptadas por Dios. Muchos realizan estas actividades para alcanzar la autosatisfacción o para ser vistos por los demás. La bondad realizada por pura y absoluta honestidad es muy difícil encontrar.

Una vez, unos niños de un barrio estaban patinando sobre un río congelado. Pero el hielo se quebró y un de ellos cayó, entonces, un niño valientemente se tiró al agua y rescató al que se había resbalado. Cuando los dos estaban a salvo, las personas comenzaron a felicitar al

heróico niño: “¡Tú sí que eres valiente!”. Entonces el niño respondió: “La verdad, me metí al agua porque él andaba puesto mis patines que le había prestado.”

Claro que las personas hacen cosas buenas, pero no son tan buenas como para que Dios pueda recibirlas. El pecador es un ser que no puede hacer ninguna cosa para agradar a Dios y recibir la gracia de Dios.

Hubo una vez un adulto mayor que asistió a un funeral con sus nuevos zapatos. Cuando él salió de la sala después de mostrar su condolencia, se dio cuenta que sus zapatos ³ habían desaparecido. Entonces comenzó a reclamar buscando al ladrón. Pero por más que gritaba nadie respondió. Cansado de buscar sus zapatos, volvió a la casa malhumorado, reunió a su esposa y a sus hijos y les contó lo que le pasó.

Decía “maldito ladrón, que se vaya al infierno”, en ese momento, después de escuchar todo, la hija le preguntó: “Pero, padre, si sus zapatos desaparecieron ¿cómo volvió usted a la casa?”; y el señor respondió: “me puse unas sandalías que me encontré en un rincón del funeral”. Luego la hija le dijo: “Padre, entonces, usted también es un ladrón”.

Así es, frecuentemente, las personas creen que solamente hurtar algo valioso es robar; pero en realidad, el que roba algo viejo o sin valor también es un ladrón. El que ha usurpado diez millones de dólares, el que se come la fruta ajena, o el que toca las cosas de sus padres; todos están cometiendo el mismo pecado que es robar.

³ En Corea existe la costumbre de quitarse los zapatos antes de entrar a algunos lugares.

Una persona no va al infierno si comete muchos pecados capitales. Lucifer fue transformado en diablo por pecar una sola vez; y recuerde que, porque el hombre comió del fruto de la ciencia del bien y del mal, una sola vez, toda la humanidad fue fracasada. Por lo tanto, el pensamiento humano que dice que para ir al infierno hay que pecar múltiples veces, está erróneo. La Biblia advierte que aun con un cuadrante de pecado, la persona entrará al infierno. Dios es alguien que no tiene pecado y el reino de los cielos es un mundo sin pecado, por esta razón, el que tenga, aunque sea un poquito de pecado no tiene otra alternativa que vivir separado de Dios.

EL HOMBRE ES UN GUSANO

Hasta ahora hemos estado profundizando sobre el pecado desde el punto de vista de Dios. El pecado es hacer maldad con el corazón y con los pensamientos, hacer lo prohibido por Dios y no hacer lo ordenado por Dios, es decir, no hacer algo sabiendo que es bueno y hacer el algo bueno con intensiones deshonestas. En conclusión, toda nuestra vida entera está lleno de pecado. Desde el momento en el que uno nació, durante todo este tiempo hasta ahora, Dios jamás ha visto ni un solo momento de bien en nuestra vida. El ser humano es pecador desde su nacimiento por eso todo lo que haga durante su vida, para el Señor, es inmundo.

Supongamos que un hijo que se fugó de la casa llega a trabajar en una posición de alto rango. Por más que muchos lo califiquen como un gran hombre, ¿qué pensará el padre sobre este hijo? ¡Que es un hijo desobediente! Hasta que el hijo vuelve a la casa y se recupere la relación con su padre, nada de lo que haga tendrá algo que ver con su padre, aunque esto sea tener un buen trabajo, y el joven no sería nada más que

un hijo reprobado. La Biblia declara que no sólo nuestros pecados son inmundos, sino que nosotros mismos somos inmundos. Ninguna persona es limpia para Dios.

“¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer? He aquí, en sus santos no confía, y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre abominable y vil, que bebe la iniquidad como agua?” (Job 15:14-16)

Dios dice que el hombre es abominable y vil. ¿Cómo es posible que el hombre que vive la vida bebiendo la iniquidad como agua sea limpio? El fariseo debió haber orado así: “Dios, las personas creen que yo soy limpio. Sin embargo, yo soy un pecador que merece recibir tu juicio. ¡Ten misericordia de mí!” Si él hubiera orado de esta manera, Dios le habría dado la salvación. El que piensa que no irá al infierno porque es mejor que los demás, jamás podrá recibir la salvación.

“¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, ni las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, y el hijo de hombre, también gusano?” (Job 25:4-6)

Dios conoce al hombre; Dios es completamente limpio, por eso, ante Sus ojos, ni la luna ni las estrellas del cielo son limpios. Ante la pureza de Dios, el ser humano no es nada más que un abominable gusano.

Un gusano que no estaba embarrado de caca dijo una vez: “Gusanos, ¿por qué ustedes viven dentro de la caca tan antihigiénica? ¡Sean aseados como yo!” Entonces el resto de los gusanos le felicitaron: “¡De verdad que tú sí eres limpio! ¡Eres un santo!” Empero, ante los ojos de

los humanos todos ellos son iguales, son simplemente gusanos asquerosos.

El hombre cree equivocadamente que Dios es igual a él. El hombre se califica a sí mismo y mira a los demás con su propio criterio. Pero cuando uno se ve a sí mismo con los ojos de Dios, podrá entender que no se merece nada más que ir al infierno. La Biblia concluye que no existe ningún hombre justo.

“Como está escrito: no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.” (Romanos 3:10-12). No existe el justo. Esto es la conclusión de la Biblia. En el mundo existen muchísimas personas más buenas que uno, pero ni siquiera ellos son buenos ante los ojos de Dios. Si ni aquellos que son más rectos que uno no puede escapar del juicio y del infierno, ¿qué hay de uno que es peor?

Dios es el que juzga a las personas conforme a sus obras, y, en consecuencia, les espera el infierno. Si usted muere hoy, ¿a dónde irá? Es obvio que irá al infierno. Debe reconocer que usted está absolutamente expuesto ante el juicio de Dios y el infierno. El fariseo no pudo recibir la salvación porque no reconoció este hecho.

EL MOTIVO DE DARNOS LA LEY

Otra razón por la cual, el fariseo no pudo recibir la salvación es porque tenía un mal concepto sobre la ley. Él creía que era capaz de guardar la ley.

Dios le entregó *Su ley* al hombre. Esta ley muestra lo que es la justicia para Dios. Los diez mandamientos son los representantes principales de

la ley que fue dada por Dios. Si desglosamos detalladamente cada ley, se derivan 613 mandamientos; pero si lo detallamos todavía más minuciosamente, al final, toda la Biblia se trata de mandamientos. En fin, guardar los diez mandamientos quiere decir cumplir toda la Biblia. Y esto último, quiere decir vivir como Dios.

¿Es acaso viable que un hombre que nace pecador viva como Dios? Es imposible. No obstante, el fariseo vivía jactancioso creyendo que él era competente para cumplir toda la palabra de Dios. Lastimosamente, es increíble cómo en nuestro alrededor muchísimos religiosos son tan insensatos y piensan igual que el fariseo.

Un joven en Texas de los Estados Unidos descubrió un yacimiento petrolífero y se hizo muy rico. Él compró dos mirlos⁴ a un precio muy caro para su madre. Un mirlo recitaba el salmo 23, mientras que el otro repetía 1 Corintios 13. El muchacho, muy feliz, se los envió a su madre y le dio una llamada por teléfono: “Mamá, ¿has recibido los regalos?” Ella muy complacida le dijo: “Sí, hijo, los cociné como los pollos de Kentucky, estaban muy ricos.” El hijo le había enviado el presente para que se entretuviera con las aves, pero la madre pensó que eran para comer.

El motivo por la que Dios nos dio los diez mandamientos no es para que nosotros los cumplamos, y así, vayamos al cielo. Más bien, Dios dice: “A ver, si tú eres justo, trata de guardar los diez mandamientos.” La persona que realmente ha procurado guardar los diez mandamientos sabrá que su ser es incapaz de guardarlos. Por medio de los diez mandamientos, el ser humano se da cuenta de su completa corrupción e inutilidad. ¿Para

⁴ Mirlo: m. Nombre común de diversas especies de aves paseriformes de unos 25 cm de largo, fácilmente domesticables y de canto aflautado y variado. El mirlo aprende a imitar sonidos humanos.

qué Dios nos entregó los diez mandamientos? El apóstol Pablo explica la razón por la que Dios nos ha dado la ley.

“Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.” (Romanos 3:19). La ley fue dada para que toda boca que diga “yo no tengo pecado”, se cierre.

Por ejemplo, si yo codicio el aparato electrodoméstico de mi vecino porque es mejor que la que está en mi casa; entonces, estoy quebrantando el último mandamiento que dice “no codiciarás”. Si un amigo me pide que le preste dinero y yo le miento diciéndole que no tengo, entonces, estoy quebrantando la ley que dice “no dirás falso testimonio”.

Los diez mandamientos tapan la boca de cualquiera que quiera sostener que su persona no tiene pecado. Si uno se refleja a sí mismo delante de los diez mandamientos, se dará cuenta de que es un hombre o una mujer vil y abominable que peca constantemente. Toda boca se cerrará si trataran de guardar la ley.

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.” (Romanos 3:20). La Biblia sentencia que ningún ser humano podrá entrar al reino de los cielos tratando de guardar los diez mandamientos. Nosotros ya hemos quebrantado toda la ley en el pasado, y tampoco podremos guardarlo en el futuro. El propósito de la ley es otro.

La Biblia dice que “*por medio de la ley es el conocimiento del pecado*”. La ley es igual que un espejo. Así como el espejo refleja los defectos de nuestra imagen, la ley nos muestra que tenemos pecado. La ley me hace comprender que soy pecador y que la salvación es indispensable para

mí. Dios nos entregó los diez mandamientos para que comprendamos que por nuestras obras nunca podremos entrar al reino de los cielos. La persona que quiera entrar al cielo guardando la ley, debe cumplirla de la siguiente forma:

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” (Gálatas 3:10)

Lo anterior es la diferencia clave entre todas las religiones y la Biblia. Todas las religiones promueven el mérito del hombre. Los paganos, herejes y falsos evangélicos pertenecen al grupo de religiosos que se enfocan en cómo hacer para agrandar su propia justicia, “qué obras hacer” para agradar a Dios. Sin embargo, la Biblia cortantemente dice que “*todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición*”. Estar bajo la maldición significa que está yendo al infierno.

Para ir al cielo con las obras, ¿hasta qué grado hay que guardar la ley? Hay que hacer todo, al pie de la letra, conforme lo que dicta la ley. La persona que nunca jamás haya quebrantado ni un solo punto de la ley, es apta para entrar al cielo; de lo contrario, si fallara, aunque sea en un solo punto, irá al infierno directamente.

Pero ¿quién puede guardar la ley de esta manera? ¿Quién puede ajustarse a la perfecta norma de Dios durante su vida? Después de la caída de Adán, nunca, nadie ha satisfcido el estndar de Dios.

Con sólo haber infringido contra una ley del país, la persona va a la cárcel. Con sólo que una olla tenga un hueco, ésta se vuelve inutilizable. La Biblia dice que “*cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.*” (Santiago 2:10). Dios mandó que

guardaramos todos los diez mandamientos, por eso, al violar una sola todo nuestro esfuerzo se vuelve inválido y nos hacemos transgresores que debe recibir el juicio de Dios. No hace falta quebrantar varias veces la ley para que vayamos al infierno, con una sola falla es suficiente para que estemos en el fuego. Debemos desechar la terquedad que insiste que nuestras obras nos pueden llevar al cielo.

Lo único que nosotros podemos hacer es clamar: “¡sálveme!”. Dios escucha la oración del que pide misericordia, y Dios ayudará a aquel que lo busque sinceramente.

“Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.” (Jeremías 29:13)